

la campaña de Italia; la Prusia que habia de-
 puesto las armas, no se hubiese atrevido á vol-
 ver á tomarlas; todas las universidades de Ale-
 mania nutrian principios revolucionarios, que
 se hubiesen propagado, con la rapidez del re-
 lámpago, en todos los paises ocupados sucesi-
 vamente por unos vencedores acogidos como
 libertadores. ¿Qué hubiera podido hacer la
 Inglaterra con sus escuadras para resistir á
 semejante conjuracion? ¿El espíritu se espanta
 al pensar á la alianza del genio de la Conven-
 cion con el genio de Bonaparte, conspirando
 juntos á favor de la libertad de los pueblos!!
 Pero no, estas no eran las mudanzas que ha-
 bían de trastornar dos veces el mundo, en el
 discurso de veinte años.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO DEL DIRECTORIO.—LLEGADA
 DEL GENERAL EN JEFE AL EJÉRCITO DE ITALIA.

(1795)

DESDE el 13 vendemiaire hasta la caída del
 imperio, ninguna insurreccion, sea popular
 sea realista, alteró la tranquilidad de la capi-
 tal: pues la conspiracion de Mallet no causó
 tumulto ninguno y no hizo sino atravesar Pa-
 ris para ir á morir en la llanura de Grenelle.
 En cuanto á la jornada del 18 brumaire que
 substituyó el gobierno consular al del Directorio
 de la Francia, la capital entera tenia parte en
 la conspiracion, y la oposicion fue vencida
 dentro de sus murallas por una maniobra mi-
 litar.

El 16 de octubre, el general Bonaparte fue

nombrado general de division. El 25, víspera de su disolucion, la Convencion reunió solemnemente la Bélgica á la Francia; y animada con este mismo espíritu que habia creado en este año la escuela Politecnica, decretó la formacion del Instituto de las ciencias y de las artes. La patria recibió con gratitud esta última creacion de la grandeza convencional. El último dia de su autoridad quedó señalado por grandes resoluciones. La Convencion parecia haberse despojado de su carácter terrible, y solo manifestaba toda la generosidad del carácter nacional. El 26 se amnistió á sí misma, decretando una amnistía general para todos los delitos revolucionarios, y, cosa notable, la Asamblea, que tanto habia abusado de la muerte, decretó la abolicion de la pena capital á la paz general. De manera que una ley tan deseada por toda la Europa, existe entre nosotros y se debe á la Convencion. Por desgracia nadie se acordó, cuando la paz de París, de proclamar esta hermosa ley, que por pudor, sin duda, nunca ha sido revocada. El mismo dia, despues de esta noble despedida, dando esta satisfaccion á la Francia, y tributando este grande homenaje á la moral y al cristianismo, la Convencion

da fin á su existencia política, formándose en cuerpo electoral con el fin de completar la diputacion nacional con un nuevo tercio. Los tres tercios reunidos se constituyen en cuerpo legislativo para dividirse en dos consejos. El palacio de las Tullerías queda señalado para los ancianos y el salon del Picadero para los quinientos. Luego los dos consejos eligen á cinco individuos que, bajo el nombre de Directorio, forman el consejo ejecutivo de la República. La eleccion recae en los convencionales Lareveillere-Lepaux, Letourneur de la Mancha, Barras, Rewbell y Carnot. El Directorio se establece en el palacio del Luxembourg. Bonaparte, que acaba de conquistar la constitucion del año III sobre la faccion aristocrática de París, obtiene el mando en gefe del ejército del interior, vacante por el nombramiento de Barras en calidad de director. Pocos dias despues, se casa con Madama de Beauharnais y se le nombra general en gefe del ejército de Italia, que desde que Bonaparte se habia marchado, habia mudado dos veces de gefe. Dumerbion habia tenido por sucesor á Kellermann y éste á Scherer. Pero este último no supo aprovecharse de las dos victorias

del 23 y 24 de diciembre en que Masseña, con treinta mil hombres, destrozó en Loano á cincuenta mil Austro-Sardas. Las fortalezas de Final, Vado y Savona cayeron en manos de los Franceses, quedando abierto el camino de Milan.

La confederacion extranjera contra la Francia, subsistia siempre; se componia de la Inglaterra, del Austria, del Piamonte, de la Baviera, de todos los pequeños príncipes de Alemania y de los de aquella hermosa Italia cuya conquista adivinó Bonaparte dos años antes. Pero entre todas estas potencias, el Austria es la verdadera enemiga contra quien es menester combatir en las orillas del Rhin y mas allá de los Alpes. Así es la única guerra que ocupa al Directorio, y es para precipitar el suceso que da el mando á un general de veinte y siete años.

Entretanto el Austria, sostenida por su actitud guerrera, negociaba por fin el cange de la desgraciada hija de Maria Antonia, detenida, cuarenta meses hacia, en la torre del Temple, donde habia visto perecer con lentitud á su jóven hermano despues de la muerte cruel de su padre, de su madre y de su tia.

Entonces se discurrió que la política del Austria solo le habia inspirado esta negociacion, que hubiera debido entablarse inmediatamente despues de la muerte de la reina. Se atribuyó al proyecto que podia haber formado, de casar S. A. R. con un Archiduque y de hacer revivir con este enlace, sus derechos sobre la Alsacia y la Lorena. Pero fuese el que fuese el proyecto de aquella potencia, *Madama*, hoy Delfina, fue entregada el 26 de diciembre en Richen, cerca de Basilea, en cambio de los convencionales Camus, Lamarque, Quinette, Bancal y el ministro que fue de la guerra Beurnonville, entregados por Dumouriez á los Austriacos. Entraron tambien en el cange los plenipotenciarios Maret y Semonville detenidos en Halle por los Austriacos contra el derecho de gentes en 1793, y por fin el antiguo convencional Drouet, maestro de postas de Sainte-Menehould que detuvo á Luis XVI en Varennes. Es regular que un armisticio que se ajustó sobre el Rhin el 31 del mismo mes, tuvo por motivo esta negociacion, cuya justicia honró aunque tarde á ambos gobiernos.

No hubo armisticio en Italia. El Directorio dió orden á su general de conquistar el Pia-

monte como expedicion preliminar, cuyo fin era obligar á los Austriacos á que evacuasen el pais, y á defenderse en sus posesiones. De manera que la ocupacion del Piamonte, la destruccion de su ejército y la toma de sus fortalezas, debian solas abrir al general Bonaparte el verdadero campo de batalla que convenia á la política del Directorio. Este era el mismo plan enviado á la comision de guerra en 1793 por el comandante de artillería del ejército de Italia. General en gefe en 1796 del mismo ejército, el 23 de febrero salió de Paris para Niza, donde el cuartel general residia cuatro años hacia. Llegó el 21 de marzo.

Como lo he dicho ya, Bonaparte, desde el mes de junio 1795 en que volvió del ejército de Italia, hasta la jornada del 13 vendemiaire que le colocó sobre un nuevo teatro, empleó todo aquel tiempo en preparar en el silencio del estudio y en las oficinas de la comision de guerra, la gloria del gran capitán de los tiempos modernos. Pero Bonaparte no habia confiado su secreto á nadie. Barras y Carnot, á quienes debia el mando del ejército de Italia, no conociendo bien su carácter y su genio, tenian la intencion de crear una fortuna del todo militar,

destinada á apoyar el nuevo gobierno; intentaron lo mismo tres años mas tarde, cuando dieron á Joubert el mismo mando. Bonaparte que les será desconocido aun por algunos meses, habia concebido tambien otra gloria que la de las armas. Veia mas allá del porvenir militar que iba á conquistar, y pronto sus protectores se admiraron de los talentos que manifestó en la política, despues de haber vencido como guerrero á los enemigos de la patria.

Entretanto tenia que emprender una conquista difícil; la de los hombres de guerra conocidos antes que él por el ejército, por grandes hazañas y que iban á hallarse bajo sus órdenes. Tenia apenas veinte y siete años, y sabia que no hay intereses mas zelosos que los de la carrera militar. Sucedia á Scherer, célebre por la toma de Valencienes; Scherer que habia mandado en gefe el ejército de los Pirineos orientales y que acababa de dar el glorioso combate de Vado. Halló entre sus generales, á Massena, cubierto de los laureles de Loano; Massena, á quien habia visto siempre vencedor y á quien juzgabainvencible; Augereau que habia tomado la fuerte plaza de Figueras; Victor que mandó tan brillantemente una division de infantería

en el sitio de Tolon; Laharpe, Serrurier, Joubert, Cervoni, ilustres en los ejércitos de la República; tenia por fiscal al viejo Kellermann, que en 1792 ganó la gran victoria de Valmy y que poco antes, general en jefe del ejército de Italia, lo era actualmente de la de los Alpes. El genio solo podia hacer perdonar los favores que Bonaparte recibia de la Fortuna.

En llegando á Niza, el general en jefe se halló aun con otros obstáculos que solos podian destruir sus esperanzas. El ministro de la guerra le habia dado un estado de más de cien mil hombres, y no teniamos realmente sobre las armas mas de treinta mil soldados, con treinta piezas de artillería, para combatir á ochenta mil Austro-Sardos con una artillería de doscientas piezas. A la verdad el ejército era jóven, entusiasta, intrépido, victorioso poco hacia con Bonaparte, acababa de serlo todavía; tenia afecto para con su nuevo gefe; pero sin dinero, sin víveres, sin vestuario, casi sin armas, desprovisto de municiones, propenso al pillage, á la indisciplina, al abatimiento, y á los excesos que debia necesariamente producir el abandono de toda administracion, en un pais arruinado por una guerra de cuatro años, ¿qué

es lo que podia hacer? ¿qué podia esperarse de sus esfuerzos en presencia de un enemigo numeroso, bien provisto, que tenia todos los recuerdos y todos los goces de una tierra amiga y fecunda, de una organizacion regular; oponiendo, en una palabra, todas las ventajas de la patria, de la abundancia y del número, á una invasion extranjera y poco temible? Si el descontento del soldado, su miseria, la de los oficiales y la anarquía en el mando le debilitaban; por otra parte, olvidado durante cuatro años en los peñascos de la Liguria, sus divisiones puestas de espaldas al mar, su centro y su derecha en una posicion arriesgada, su situacion falsa y puramente defensiva, y no fuerte y amenazadora como lo era cuando Bonaparte le dejó en octubre de 1795, le exponian á grandes peligros; y sin embargo tenia que atacar á unos parages inexpugnables, defendidos por dos grandes ejércitos. Además, el gobierno no habiendo podido suministrar mas de dos mil luises de oro y un millon de francos en letras, que fueron protestadas, su suerte no se podia mejorar. Era preciso pues, atundir á este ejército, entusiasmarle y sorprenderle, para conseguir victorias. Bona-

parte supo juzgar á los soldados de Tolon, del Cairo, de Saorgio, de Loano. Desde luego rompió la costumbre arraigada de mantener el cuartel general en Niza; lo trasladó á Alberga y antes de salir les dijo:

SOLDADOS!

« Estais desnudos y hambrientos; el go-
» bierno os debe mucho y no puede daros na-
» da. Vuestra paciencia y vuestro valor enme-
» dio de estos peñascos, son admirables, pero
» no nos proporcionan gloria ninguna, ninguna
» ilustracion. Quiero conducirlos á las llanuras
» mas fértiles del mundo. Tendreis en vuestro
» poder ricas provincias y grandes ciudades,
» donde hallareis honra, gloria y riquezas.
» Soldados de Italia, no os faltarán el valor y
» la constancia. »

Estas palabras pronunciadas con una voz firme por el nuevo general, electrizaron al ejército á quien todavía no se habia sabido hablar. Contestó á su general con aclamaciones unánimes. Desde aquel momento se estableció entre Bonaparte y sus soldados una especie de confraternidad de armas, de union de familia y de confianza mutua, verdadero origen

de las hazañas y de las grandes acciones triunfales que aturden al mundo. Pero la táctica que saldrá de las combinaciones de Bonaparte será la que unicamente convenga á la guerra de Italia, cuya conformacion física entra por mucho en sus medios de conquista, así como las costumbres de sus habitantes, la naturaleza de los ejércitos que conoce ya por haberlos combatido y el carácter propio del ejército de su mando. Esta táctica forma un capítulo enteramente nuevo en la historia de la guerra, y solo puede aplicarse á Bonaparte, á las circunstancias y á los elementos de su campaña. Es como una escuela en la que él solo fue maestro, y que él solo pudo volver á abrir cuando, veinte años mas tarde, en el centro de la Francia invadida por la Europa, sabrá defenderse durante tres meses á la cabeza de cuarenta mil Franceses.

Las fuerzas se hallan en presencia. El ejército austro-sardo tiene á Beaulieu por general en gefe. Cuarenta y cinco mil Austriacos obedecen á los generales Melas, Argenteau, Wukassowich, Liptay et Sebottendorf, y veinte y cinco mil Sardos á los generales Provera y Leton, bajo las órdenes del general austriaco

Colli. El primer cuerpo tiene ciento y cuarenta piezas de cañon, y el segundo sesenta. El ejército frances consta de treinta mil hombres, en cuatro divisiones de infantería mandadas por Massena, Augereau, Laharpe y Serrurier; dos mil y quinientos hombres de caballería por los generales Stengel y Kilmaine; y dos mil quinientos artilleros é ingenieros con treinta piezas de artillería, por el general Dujard. Entre los generales de brigada se distinguen Rusca, Cervoni, Miollis, etc. Los edecanes del general en gefe son: Murat, Junot, Duroc, Muiron, Marmont, etc. El general de division Berthier es gefe de estado mayor; el general Vignoles segundo gefe.



CAPITULO II.

CONQUISTA DEL PIAMONTE. — GENERALES EN GEFE:
BONAPARTE, BEAULIEU, COLLI.

(1796)

La idea madre de esta campaña era dar la vuelta á los Alpes, y penetrar en Italia al punto donde rematan, y donde principian los Apeninos; el nudo estrategico era la separacion de los Austriacos y Piamonteses. La inferioridad numérica de nuestro ejército, que apenas alcanzaba á la mitad de la de los aliados, imponia este plan á Bonaparte cuya posicion exigia todavia que atacase siempre con fuerzas iguales y superiores si pudiese ser y de evitar cualquier accion general con el ejército grande austro-sardo. La primera operacion fue pues pasar el monte Santiago, el mas bajo de los Alpes y Apeninos, de colocar á Serrurier sobre Garesio para observar á los Piamonteses, atrincherados en el famoso campo de Leva, y de hacer amenazar á Génova desde Voltri, por Laharpe, mientras Massena y Au-